

Los Nuevos Cuentos de Julio Da Rosa

JULIO C. DA ROSA: DE SOL A SOL — Montevideo, 1955, 168 págs. — Prólogo de Arturo Sergio Visca.

UN NARRADOR QUE PUBLICA

Tras varios años de tanteos, búsqueda de temas y penuria editorial, el cuento parece afirmarse como el género más representativo de esa generación que entre 1945 y 1950 hiciera irrupción en la vida literaria nacional, suscitando polémicas aún antes de hallarse en condiciones de exhibir su primera cosecha, y que sólo en estos últimos dos o tres años ha podido al fin llevar a cabo su propia selección natural de nombres y de obras.

Después de todo, existen en el país páginas y revistas literarias donde publicar un cuento, pero en cambio (gracias a la porfiada incompreensión de nuestras autoridades, invariablemente sordas ante cualquier reclamo de una ley de fomento editorial) no existe ninguna casa editora a la que el autor nacional pueda ofrecer una novela. Esa obligada dispersión en revistas complica apreciablemente la labor del crítico. Representa un esfuerzo más arduo de lo que parece, tener que remitirse a los olvidados concursos, a revistas literarias (aun las más prestigiosas) de un tiraje destinado poco menos que a la intimidad, a ejemplares de publicaciones hace años agotadas, elementos éstos que podrían dar la imagen y el proceso cabales de narradores tan estimables como Carlos Martínez Moreno, Luis Castelli, Mario Arregui y otros, que si hubieran reunido por lo menos una vez sus relatos dispersos, no sólo habrían podido alcanzar una mayor difusión continental, sino también una mayor seguridad frente a su propia obra, una más amplia confianza en sus medios.

Para un narrador que en la normal evolución de su gusto y de su oficio se encuentra pronto con que ha sobrepasado las miras estéticas o la fórmula técnica de un relato escrito varios años atrás, tiene muy diverso valor si ese mismo trabajo está recogido en un volumen o simplemente se halla semioculto en una publicación irrecuperable. En el primer caso, la nueva toma de posición tiene un valor estimulante (hay que demostrar que eso está superado); en el segundo, representa una inhibición (no es frecuente que un escritor se haga cómplice de los propios errores, mediante la publicación de trabajos propios que ya no merecen su visto bueno).

Por todo ello, resulta de gran utilidad (para el lector, para el crítico, para el propio creador) cuando alguien como Julio C. da Rosa reúne periódicamente sus cuentos en un libro.

Aunque no por las mismas razones que Visca, creo que aquel reproche (que yo mismo le había hecho a da Rosa a propósito de *Cuesta arriba*) no alcanza a los siete relatos de *De sol a sol*. Aquel primer volumen probaba que el respeto por la realidad no alcanza para desarrollar exitosamente un cuento. No siempre es cierto eso de que la vida no tiene argumento. Más aún, la vida (como la imaginación) acaso tenga buenos y malos argumentos; los malos sirven para el folletín o el episodio de radio. La literatura, en cambio, usa (debe usar, al menos) los buenos argumentos de la vida con la misma eficacia con que utiliza los buenos argumentos de la imaginación.

Ahora da Rosa ha combinado su antiguo respeto por la realidad con un nuevo respeto por la literatura, y ese mestizaje ha favorecido notoriamente su modo de narrar. En la mayor parte de los cuentos de *Cuesta arriba* los personajes se vertían espontáneamente, es cierto, pero eran ellos quienes gobernaban el relato. Y, pese a Unamuno, pese a Pirandello, pese a todos aquellos creadores que fingieron ser gobernados por ese mismo personaje que ellos dirigían más férreamente que nunca, el personaje nunca ha sido un escritor de nota. Ahora, en *De sol a sol*, los personajes de da Rosa también son espontáneos, pero es el autor el que administra su carácter y su trayectoria, el que construye (con manifiesto arte) su espontanei-

establece voluntariamente un orden en su producción y pone su firma (o sea, su tácita aprobación) a lo que en cada presente considera como válido, aunque en un próximo o lejano futuro sobrepase esa misma validez con otros logros, con otras tentativas.

ESPONTANEIDAD COMPARADA

En el caso expreso de da Rosa, sus dos colecciones de cuentos nos permiten comprobar un sensible progreso en su arte de narrar, una sentida propensión hacia ciertos temas y una cada vez más sólida validez literaria de sus criaturas y de su estilo.

Cuando apareció *Cuesta arriba*, en 1952, el cronista había señalado que una tercera parte de los cuentos que integraban el volumen demostraba que el autor podía y debía tener mayores exigencias consigo mismo. Justo es reconocer ahora que los siete cuentos que integran *De sol a sol* demuestran que su autor ha madurado, que su estilo se asienta, que ahora es él quien gobierna el relato y establece su rumbo.

En *Cuesta arriba* era evidente que el autor había hallado excelentes temas de cuento en la realidad que le circundaba, pero (con excepción de unos pocos títulos) no había encontrado el resorte, el giro verdaderamente creador que convirtiera en literatura aquella realidad tan prometedora. Da Rosa se contentaba las más de las veces con brindar tres o cuatro rasgos (*Solterón* es el ejemplo más ilustrativo), sin inscribirlos convenientemente en una situación o desarrollarlos en una anécdota. En *De sol a sol*, en cambio, no se limita a ese mero apunte; cada personaje es alguien, se mueve en un clima que sin ser demasiado ostensible brinda el marco adecuado al retrato. Porque los cuentos de da Rosa son eso: el retrato moroso, el enfoque simpático de un hombre característico. Las más de las veces el protagonista lleva consigo una especie de atributo externo, (una flauta, una esquina, una volanta), algo que lo justifica frente al mundo y constituye el surtidor virtual de sus anécdotas.

Arturo Sergio Visca, en su excelente prólogo a *De sol a sol*, menciona el válido reproche que se ha hecho a da Rosa sobre la falta de estructura en sus cuentos, y agrega: "No obstante creo que en su manera de narrar es fiel a aquel respeto por la realidad que señalé como normativo de su labor literaria. Como la vida no tiene "argumento", no quiere inventárselo a sus personajes. Deja que ellos se viertan en el cuento con la misma espontaneidad con que viven y el arte de da Rosa consiste en seguir fielmente el hilo de sus vidas".

Probablemente Ansin, el hombre-flauta, provenga de un fragmento de realidad, pero en ese caso sería, no cabe dudarlo, uno de los buenos argumentos de la vida; y tanto el golpe de vista para hallar ese personaje y destacarlo, como el toque poético y el proceso melancólico que lo marginan, eso es literatura y de la buena.

Presumo que da Rosa habrá conseguido sus mejores aciertos, no precisamente cuando intenta inyectar artificio a un tema natural (como en el desalace de *Crispín de las manos*, sino cuando elija, a priori, una anécdota a la que la misma realidad se haya encargado de crearle una estructura. Su aporte literario al asunto en sí es más de gusto y de intuición que de recreación imaginativa.

EL LENGUAJE SE ASIENTA

Desde el punto de vista de la técnica narrativa, da Rosa no ha impuesto ningún viraje decisivo a su modo de narrar. Todas las cualidades de estilo que caracterizan este nuevo volumen estaban ya anunciadas en *Cuesta arriba*; sólo que ahora el autor confía más en sus propios medios, ha adquirido una buena experiencia, y puede permitirse ciertos grados de habilidad que favorecen el ritmo y el interés de sus cuentos.

Los diálogos de da Rosa siempre fueron eficaces, pero, en cambio, los relatos en tercera persona de *Cuesta arriba* mostraban una notoria indecisión.

donde se habla poco, de cosas sustanciales, y con espíritu le ocio, de modo que entre frase y frase dejemos sitio al silencio para que entre por allí el espíritu del lugar".

Es más fácil que el espíritu del lugar entre por ese silencio cuando las frases que lo marginan concuerdan con el paisaje, con el clima, con el carácter de los oyentes. Ahora da Rosa es un personaje más, un contador de cuentos que habla a sus iguales, sin que necesite entrar en demasiadas precisiones, porque él y sus lectores oyentes (son, evidentemente, cuentos de impulso y cadencia orales) ya se han puesto de acuerdo en muchas cosas.

CIERTAS CONSTANTES

Con dos volúmenes frente a sí, el crítico ya puede establecer ciertas constantes en el modo narrativo de da Rosa. En primer lugar, los temas. Rara vez da Rosa se atreve con el amor, las mujeres o el sexo. *Sirvienta*, que integra *Cuesta arriba*, es el único entre 23 relatos de ambos libros, que tiene por figura central una mujer. Ciertamente imponderable recato, nunca forzado, impide a da Rosa manosear esos temas tan caros a la narrativa contemporánea. Cuando toca el punto, lo hace al pasar, con una timidez muy campesina, y su estilo de inmediato se avergüenza.

Por lo general, los temas de da Rosa son la soledad, la amistad (la amistad varonil, hecha de lealtad y pocas palabras); y el tiempo. Los dos primeros, aunque en apariencia opuestos, aparecen a menudo complementándose. A menudo se trata de hombres solitarios, que en una ocasión, por pura casualidad, entran en relación y hacen amigos. Los personajes de da Rosa no buscan la amistad, pero cuando ésta llega se aferran a ella tenazmente. El tiempo, en cambio, tiene en su obra un significado y un tratamiento muy especiales.

Es muy frecuente que el hombre de da Rosa llegue a viejo sin sentirlo, que arribar a una edad que espere (como José María en *Solterón*) cincuenta años para amenazar su virginidad con una oferta a Valentina; que aguarde (como Severino en *Trota-sierras*) a parecer un "güey" para atreverse con la China; que se asombre (como Miraballes en *Mala Cabeza*) ante la invasión de motores y se resigne a salir en su volanta los domingos de tarde; que se dedique, ya viejo (como Ansin, en *Hombre-flauta*) a vender números de lotería y abandone durante el día el instrumento de sus éxitos, mostrando a todos su permanente cara de asombro, como de gurisito, a quien, de golpe, le quitan el chupete.

El tiempo, en los cuentos de da Rosa, tiene vida independiente, casi subterránea, pero un día surge a flor de tierra y sin previo aviso, golpea al personaje y lo convierte en viejo, lo marca con tanta dureza que

lo deja inerte frente a la muerte.

También en su estructura los cuentos de da Rosa conservan una uniformidad casi monótona. Es raro el cuento que no sigue esta norma: primero un pormenor actual o casi actual; luego la historia anterior, el retrato aproximado del personaje; y, finalmente, retorno al presente o al pasado inmediato, a fin de exponer el desenlace. Casi no existe cuento de da Rosa en estricta línea recta.

EL DETALLE REVELADOR

Los aciertos de lenguaje, los toques de buen humor, los virajes sorpresivos, las situaciones graves y sencillas, contribuyen a que este segundo libro de da Rosa sea francamente inteligible para el lector (con excepción tal vez de *Crispín de las manos*) aún para el no habituado al trajín literario.

Inaugura el volumen: *Hombre-flauta* (con amplio margen, el mejor de los publicados hasta ahora por da Rosa), en el que se refleja nuestra mejor tradición nativista: la del Espinola de *La vieja*, la del Morosoli de *Los albañiles* de "Los Tapes". Ansin, el protagonista, un tuerto "medio anormalcero" que vacila entre el mundo y su madre, siempre con la flauta en la boca, es uno de los personajes más simpáticos de nuestra narrativa; simplemente describe a su "tuertito", nos cuenta sus anécdotas, incluso se burla sin crueldad de su simpleza, de su carrera singular, de su modesto e inevitable ocaso. Lo cierto es que Ansin es el del cuento redondeado completo, como si al lector no le quedara nada más que aprender de su trayectoria, y su trayectoria fuera eso: simpatía. Desde el exabrupto de la madre: "Lo que siento, no es la vista que le falta; ¡es que sia tuerto, pobrecito!" hasta el divertido "Pañuelito blanco", el cuento abunda en detalles que van conquistando la atención del lector. Su moderada tensión está perfectamente regulada; en ningún pasaje la técnica sofoca al personaje ni éste se escapa de lo literario como en los primeros cuentos de da Rosa.

Ninguno de los otros relatos del volumen calza los puntos de este excelente *Hombre-flauta*, pero ninguno de ellos es un rotorio fracaso. Tal vez los más flojos resulten *Una casualidad* (estirado más de lo prudente y con una escisión que viene a dividirlo en dos relatos independientes) y *Crispín de las manos*, cuyo final demasiado ambicioso y bastante confuso malogra un planteo inicial muy prometedor. Pero aún en éstos, los menos felices, es posible hallar acertados rasgos de ambiente. En la cocina tiene que haber algo vivo con qué rezongar; si no, agota pág. 58; cada vez que se abra una vueltita por la patrona, la encontraba "de calostro", oág. 77; "Crispín Artigas debe haber

Movimiento por Presupuesto y
Reforma de Enseñanza
Secundaria
HORA RADIAL
TODOS LOS JUEVES A LAS 14 hs. 18 m.
C X 14, EL ESPECTADOR